

DON CARLOS OBLIGADO 1

Señor Presidente de la Academia Argentina de Letras,
Señor Secretario General de A. D. E. A.,
Señoras, señores :

La Asociación de Escritores Argentinos acordó realizar un acto público de homenaje al doctor Carlos Obligado, fallecido el 3 de febrero del corriente año, honrándome con el encargo de recordar su personalidad.

Agradecido por la confianza que en mí se depositó no quise, ni supe, excusarme de cumplido, aunque reconocía la dificultad de salir airoso en el empeño y satisfacer las aspiraciones de la Junta Directiva, porque declaro que es tarea difícil dar cabal impresión de lo que fué nuestro secretario general como lo merece su prestigio.

Alentóme en la tarea la frecuencia de su trato, para lo que servía de acicate la atracción que Obligado ejercía, la brillantez de su vida de hombre y sus relevantes condiciones de poeta y maestro. La visión de cualquiera de estos aspectos entendí que podía cumplimentar esta evocación al respaldo de la amistad que me dispensara.

¹ Discurso pronunciado en el homenaje que la Asociación de Escritores Argentinos tributó a la memoria de don Carlos Obligado el 20 de mayo, en el salón de actos de la Casa del Teatro.

Carlos Obligado era porteño. Nació en Buenos Aires el 21 de mayo de 1889. Valores propios, bien pronto, lo destacaron no obstante la gravitación que siempre ejerce el prestigio de un nombre ilustre que cubre un ciclo de nuestra literatura e historia política.

De cepa hispánica entroncada con sangre americana, los Obligados descienden de don Antonio, natural de Alcalá de Guadaíra, que embarcó con destino al Plata a fines del siglo XVIII por el puerto de Sevilla, ruta obligada por donde el espíritu ibérico entró a América durante la conquista.

Por el año 1779, según reza el testimonio de la escritura que obra en poder de sus descendientes, don Antonio Obligado adquirió una fracción de campo en San Pedro, conocida por rincón de Andújar porque el río Paraná hace un recodo. Desde entonces tomó el nombre de « Vuelta de Obligado ».

Anoto el hecho porque lo que, para la generalidad de los casos, no pasaría de una simple referencia, en los Obligados es fisonomía que encierra un típico matiz con colorido de patria.

La recia formación hispánica, el contacto con la naturaleza, la continuación en América de la tradición hidalga y la lectura de libros elegidos, que todavía se conservan con familiar devoción, fueron los fundamentos del poderoso tronco. Nieto de ese abuelo fué don Rafael Obligado y Ortiz, padre de Carlos.

Don Rafael era un espíritu selecto que supo alternar las escenas y paisajes de la histórica « Vuelta de Obligado », juntamente con el estudio de la literatura clásica, singular-

mente la hebrea, griega y española. La tradición y el clasicismo del poeta que arraigó en la entraña viva y fecunda de la imaginación popular, enriqueciendo la emoción primitiva con los efectos de una técnica culta, habría de producir su secuela en el hijo Carlos doctorado en la Univeridad, siguiendo sus predilecciones.

Don Rafael creó la literatura castiza de la Pampa, no por remedo de lecturas sino por natural emanación de su vida. Como lo recuerda su hijo, no fué un capricho lo que en su estancia criolla del Paraná lo llevó a levantar, para morada, un castillo con almenas, rodeado de robles y pinos.

Lo que en cualquier estanciero rico hubiera sido vanidad exótica, en él fué modelo creado por las propias inconscientes reminiscencias de la stirpe. Un castellano era por raza, por el señorío, por la cultura ; mas era castellano de América, y su vida se abrigaba en aquel castillo romántico, como su numen criollo, en las vestiduras del romancero español.

Ese ambiente castellano fortalecería la postura hidalga de Carlos Obligado contribuyendo, en gran parte, a darle ese porte aristocrático que en él no era petulancia sino claro sentido de distinción y equivalencia.

Dejemos que hable de su niñez y juventud el autor de *Poemas de la Vuelta de Obligado*, que en edición cuidadosa publica, por primera vez, en 1938, modelo de poesías cuyos motivos giran alrededor del castillo y sus aledaños ; pequeñas y grandes cosas de la vida ; páginas de intimidad hogareña, en gran parte.

De mí : que nací porteño,
Que tuve infancia dichosa
Y juventud, poco menos ;

Que en Filosofía y Letras
 Gasté seis años completos ;
 Que he amado libros y rosas...
 Que arriesgué prosas y versos ;
 Que en cien países del mundo
 Tuve por mejor al nuestro ; ...

Esto fué lo que siempre le distinguió : un profundo amor a la patria. ¡ Y cómo no habría de serlo si toda su vida contempló las barrancas históricas del Paraná y en su recodo escuchaba los ecos del cañón extranjero y el ruido de los cascos de escuadrones legendarios ! Una de sus composiciones poéticas recuerda el episodio y la titula *Campo de Gloria...* (*Poemas del Castillo*, XX).

Allá al fin de la Vuelta, donde ya por vez última
 refleja el Paraná campesinas barrancas,
 Gira en hondos remansos, y sesgado al oriente,
 Por el dédalo isleño se desliza hacia el Plata,
 Viejo campo de gloria la heredad solariega
 Tiende en prados y bosques y tersura de aguas,
 Donde pronto hará un siglo combatientes heroicos
 Defendieron la Vía primordial de la patria.

Si en defensa del paso, baterías ligeras
 Tuvo el jefe argentino que oponer a la escuadra,
 No apocó a sus valientes esa lucha imposible
 Del cañón de marina y el cañón de campaña.
 Y alza aquí su baluarte, cierra ahí nuestro río
 Con la triple cadena de su puente de barcas,
 Y contiene a las naves con tormenta de fuego
 Mientras queda un soldado, y un cañón, y una bala...

¡ Pasa, quilla extranjera : será breve tu orgullo !
 Del arrojito tremendo, del martirio sin tacha,
 Diga sólo la Historia : « Fueron mil defensores,
 Y quinientos, aquí, para siempre descansan »...

¿Qué importa que los héroes arbolaran tu insignia,
Roja Federación que ese día eras santa ?
¿ Vergüenza al argentino que no estuvo, en su hora,
Con el tirano criollo frente al gringo pirata !

Hoy, pacíficas naves van por ti, río inmenso.
Y apoyáis altos muelles, numerosas barrancas,
Que a colmar las bodegas, para el hambre del mundo,
Desde aquel llano fértil al canal se adelantan.
Nada es eco de antaños, ni recuerda que un día
Fueran campo de horror estos campos de gracia.
Sólo, acaso, el labriego, su azadón virgiliano
Mella en huesos antiguos y en derrumbe de armas.

Ni más piden los bravos, su laurel ya ceñido.
Pues cayeron en pro de la tierra sagrada,
Y hoy, llamada a respeto, sabe la ávida Europa
Que no es cosa de nadie nuestra próspera Pampa.
Mas, la Patria no olvide que allanó su bandera,
Con derrota fecunda, la victoria cercana,
La legión indomable que luchó en Obligado
Y que duerme a la sombra de una cruz solitaria...

Ese ambiente que fué formando su carácter, se completaría con las impresiones que desde su más tierna infancia recibió en la mansión de sus padres, frente a la plaza San Martín. Allí, una placa de bronce recuerda al cantor de Santos Vega, y desde hoy, otra evoca al autor de *Patria*.

La casa paterna, bien llamada « el hogar de las letras argentinas », reunía todos los sábados las figuras más selectas del mundo literario de la época. El ahijado de Calixto Oyuela, no obstante sus pocos años tuvo oportunidad de contemplarlas de cerca. Por allí pasaron naturalistas y románticos. Junto a la melena de Guido y Spano, en la vasta biblioteca que Obligado aumentó hasta 12.000 volúmenes,

de las más importantes del país, desfilaron : Martín Coronado, Juan José García Velloso, Ernesto Quesada, historiador y sociólogo ; Paul Groussac, el crítico mordaz ; Eduardo Schiaffino, pintor y literato ; Vega Belgrano, Avellaneda, el legendario Lucio Mansilla con su levitón ceniza, García Mérou, González, con « su manso hablar y su decir intenso » ; Miguel Cané, el finísimo conversador que dejó ese modelo que se llama *Juvenilia* ; Leopoldo Díaz, Escalada, Zorrilla de San Martín, Ricardo Gutiérrez, « poeta, médico y santo » ; José Hernández, el de más popularidad y que ya esperaba las puertas de la gloria ; Olegario Andrade, Soto y Calvo, Domingo Martinto, Del Solar, Gamboa, el finísimo Darío, y muy joven por cierto, el « piafante » Lugones, que « era enfrente a chirimbolos pseudo clásicos como « un potro en un bazar ». Este último, causó en él impresión permanente y cultivaron una amistad que duró hasta la muerte.

Carlos Obligado recuerda con sutil agudeza la personalidad de cada uno de ellos en una preciosa composición poética que denomina *Attilio*.

Esas reuniones, que eran otros tantos torneos literarios, terminaron en 1900 ; contaba, entonces, apenas once años. Fué un período de vida intensa tanto desde el punto de vista cívico, que en valientes jornadas forjaba un perfil, como en las finanzas y la economía. La Argentina, abandonando las viejas costumbres, se encarrilaba hacia lo que por entonces, como hoy, constituye la suprema aspiración : un afán desmedido de bienestar, aunque se sacrificaran las costumbres seculares.

La generación del 53 estructuró el pensamiento de los dirigentes del 80, cuya actuación tantas discusiones habría

de suscitar gravitando muchos años. Aquellos hombres se singularizaron por una vergüenza hacia lo colonial. Repudiando el pasado, trataron, en toda forma, de europeizar el país a su modo. No era de extrañar tal actitud si consideramos que también en España, frente al humanismo tradicional, se alardeaban los mismos principios que la llevarían al cataclismo. Eran tiempos en que se proclamaba la igualdad esencial de los cuerpos y estaba en su apogeo la democracia liberal, olvidando la sentencia de don Quijote cuando dijo: « Repara, hermano Sancho, que nadie es más que otro sino hace más que otro ». Se creía entonces, y todavía algunos lo sostienen — felizmente pocos, — que al caer las instituciones históricas, el mundo florecería con esplendidez porque eran un estorbo para su desenvolvimiento.

Carlos Obligado vió la luz en el apogeo de esa posición que, por cierto, tuvo influencia en las predilecciones literarias de su juventud, no obstante lo cual supo levantar un pendón y hacerlo flamear con dignidad y orgullo cuando la ocasión se presentó.

Fué ésa una época en que, como lo recordaba hace poco Delfina Bunge de Gálvez, lo francés se había introducido en la escuela y el hogar, y entre las clases intelectuales el idioma de Molière sustituía el latín de los humanistas. Pero lo grave no era el idioma de la bella Francia, sino el espíritu y la heterodoxia que con él sentaba reales, ajenas, por cierto, a su tradición histórica de profunda raigambre católica.

Como lo veremos más adelante, Obligado superó ese período, y no obstante su temprana desaparición viviría lo suficiente para escuchar a los nietos de aquellos abuelos en una nueva etapa de la vida. Él que de oídas, más que de vista, supo de aquella generación de argentinos preclaros,

a pesar de sus tremendas equivocaciones, estaría al lado de sus nietos y complaciente escucharía sus disertaciones con calor de patria en un resurgimiento de la hispanidad, para la que él mismo dedicara sus versos más encendidos. El nuevo escenario lo encontraría en las reuniones del Círculo de Escritores Argentinos, entidad que fundó en 1942, el Club del Plata y la Asociación de Escritores Argentinos, a las que prestó sus mejores esfuerzos, bregando por mantener encendido el fuego que a llamaradas incontenibles en su grandeza, surgiría de su poema *Patria*.

Para avalorar la posición espiritual de Obligado vale la pena detenernos un poco en el análisis del pensamiento de la época y las ideas de los hombres en que le tocó actuar. Hagamos un poco de historia retrospectiva.

He dicho que nació en el año 1889. Para la vida política del país un año antes de la revolución epónima, de poca trascendencia cívica, no obstante lo que se ha dicho. En el campo de las ideas era el período del progreso sin límites en que todo, en el mundo, se lo esperaba de la ciencia.

Los héroes de las novelas populares eran ingenieros, y los jóvenes leían con avidez los libros de Julio Verne esperando que la técnica destruiría el cáncer de las injusticias sociales y, los abusos del capital. Eran los tiempos de los ensueños utópicos. Se esperaba tanto de la ciencia médica, que el alejamiento de la muerte por un término indefinido constituía, para entonces, una de las más seguras realizaciones.

En el mundo político, el individualismo extremo y la educación racional de las nuevas generaciones se pensaba que habría de tornar posible la democracia absoluta, conciliando términos antagónicos: igualdad y libertad, proclamados por la revolución francesa.

Carlos Obligado vió la luz y pasó su juventud cuando la humanidad se ensayaba en la práctica de ese mañana luminoso en el que, según palabras de Viviani, se habían apagado las luces del cielo y ya nadie descubría nuevos horizontes. Edison, desde la gran ciudad del norte, señalada como la Meca de un mundo nuevo, parecía tener el dominio de la naturaleza, y los hombres absortos abrían este interrogante: ¿Qué será de la estrellita de los Reyes Magos frente al foco eléctrico?

Recordaba Ibaguren en una conferencia que pronunció hace años con motivo de la recepción del doctor Ángel Gallardo en la Academia Argentina de Letras, que cuando Anatole France visitó Buenos Aires tuvo oportunidad de conversar con él, y respondiendo a un discurso suyo que aludía a su escepticismo burlón, respondió que él también tenía creencias y esperaba que los hombres, algún día, crearían un nuevo Dios. Flaubert inmortalizó esa suficiencia en la persona del librepensador jacobino que caricaturiza al boticario Mr. Homais, y el mundo se deslizaba en forma tal que parecía dar razón a los pensadores de la época.

Después de la guerra del 70, circunstanciales episodios coloniales que más que campañas bélicas fueron otras tantas justificaciones del poderío europeo, conmovieron apenas la felicidad terrestre. El progreso indefinido, los viajes, las luces y el ingenio de los hombres de ese tiempo, todo lo llenaba. Nadie pensaba que podía llegar el momento en que esa manera de ser, esa manera de pensar y encarar los problemas de la vida, podía sufrir un colapso.

Y no es que se hubiesen olvidado por completo los principios fundamentales. En nuestro país, Estradas, Goyenas y

Frías los recordaban desde lugares destacados, en el mundo político y literario. Sin embargo eran tiempos de lucha, de encontradas doctrinas que se sustentaban con erudición y desenfado, siendo difícil mantener una posición rigurosamente ortodoxa porque se la jaqueaba por todos los ángulos.

Ya para la fiesta de nuestro centenario, en el año 1910, pudo observarse que los principios políticos podían sufrir una crisis, pero la realidad y la importancia del problema recién surgió a la luz cuando el triunfo de la revolución rusa develó el poder de una doctrina que el liberalismo había creado, sin imaginar sus consecuencias.

La generación de hombres que vió la luz al lado de Carlos Obligado, que todo lo esperaba de la economía organizada sobre la base de los principios de Adam Smith y los políticos sustentados por los pensadores y filósofos de los siglos XVII y XVIII, había sufrido un cataclismo.

Aunque a principios del siglo, el tipo burgués y proletario no había completado su ciclo y una clase dirigente se destacaba con cierta personalidad, la masa formada por los hombres que escapaban de su círculo y más tarde todo lo ocuparían, se vislumbraba en el horizonte. Pudo entonces calcularse su fuerza en las calles de la ciudad bulliciosa y desprevenida, en más de un movimiento. Todo ello hacía entrever una profunda escisión. La crisis se produjo y un amargo descontento fluyó del tremendo fracaso del racionalismo. Hubo espíritus engegucidos — todavía los hay — que no creyeron lo que sus ojos contemplaban. Para ellos Renán y Comte — como lo hizo notar Franceschi hace años — a pesar de todo, eran de absoluta actualidad. Los acontecimientos se producían sin dejar más rastros que su desdén, y en medio del hundimiento de un ciclo histórico,

esos hombres permanecieron impassibles sin interpretar el verdadero sentido de la hora.

En 1918 se produce en el país un movimiento social que invade el campo universitario. Se le conoce por « la Reforma del 18 » y culmina en una serie de acciones anárquicas que obligan a los hombres de estado a asumir una actitud. Ya por entonces era un hecho la superación del pensamiento político de Montesquieu, y la idea, que arraiga en un núcleo selecto, cubre al país con más dinamismo que número.

Esta actividad de los que pensaban en serio y se exterioriza en un ansia de renovación, en medio de un esfuerzo noble e intensamente doloroso, siguió con el andar del tiempo dos caminos : uno académico, mesurado, intelectual, que examinaba los hechos a medida que se producían, escrutando soluciones adecuadas sobre la base de restaurar los valores tradicionales, apoyándose en la filosofía secular ; y otro de un dinamismo revolucionario, tan perjudicial como el mismo sistema que trataba de suplantar. Pretendía este último superar los acontecimientos y solucionar los problemas morales sobre la base de un planteo técnico económico con radiaciones políticas, en medio de voces altas e incidentes. Aparecen periódicos y libros de ardiente polémica, en los que se examinaban los problemas atacando y defendiendo posiciones con erudición y talento. En unos casos se examinan las cuestiones sociales en cenáculos literarios ; en otros con valentía y desenfado en las tribunas callejeras. El ideal de patria es defendido con vigor.

Frente a esta posición se yergue una tendencia internacionalista que aunque existía, cobró vigor con la Reforma

del 18, enemiga de todo orden y negadora de toda jerarquía. Invocaba una tendencia que se decía democrática, interpretando esta palabra en su peor sentido porque parecía servir de etiqueta al arrasamiento de todo lo que era respetable para nuestra vida, profundamente hispánico-europea, como siempre lo fueron los sentimientos argentinos, enraizados en las costumbres vernáculas heredadas de los conquistadores. El oro extranjero no era extraño a tales planteos.

Como una aurora contra ese credo importado que tendía a destruir la vida nacional aparece aquella posición, respetuosa de la vida espiritual, intensamente patriota, adversaria de todo cuanto tenía sabor a comunismo, profundamente creyente y adquiere un vigor tal que sorprende a sus propios iniciadores.

Desde entonces se plantea, también, una reacción contra los hombres de ayer a quienes se les atribuye, en su demoliberalismo, la causa de todo lo ocurrido.

Sin embargo no hay mucha justicia en esa apreciación. Sólo podemos decir que no comprendieron la hora y fueron víctimas de un espejismo seductor y sinceros aún en sus tremendas equivocaciones. No supieron evitar la soberbia. Engreídos con los progresos reales que habían logrado no interpretaron su sentido verdadero. Eran víctimas de una posición filosófica que aprendieron en su niñez, apoyada en una riqueza que creyeron nacional y era de extranjería; la misma que habían sustentado algunos héroes de nuestra historia oficial que gravitaron en nuestra vida pública mucho tiempo.

Un espíritu observador y sutil como el doctor Carlos Ibarguren, sintetizó el colapso de una generación y el espíritu

de la nueva con palabras atinadas que vale la pena recordar. « El pensamiento iba con ese rumbo afirmando en cada revelación del laboratorio la omnipotencia de la ciencia, pero diríase que a pesar de los maravillosos adelantos científicos un crepúsculo amenazaba envolver al mundo. El cataclismo se desató sobre la tierra y los hombres divisaban otras visiones. Nuestra generación que había contemplado la vida y la sociedad con el lente del siglo XIX, mira ahora el derrumbe de lo que vió, de lo que creyó y de lo que construyó. El divorcio ideológico y político entre los que se educaron bajo el influjo de las corrientes mentales hace cincuenta años y los jóvenes que comienzan a pensar y sentir es absoluto. La lámpara que habíamos recibido se oscureció de pronto y una llama nueva que nosotros no conocimos comienza a encender el alma de nuestros hijos. Anochece para nosotros antes de la tarde. Ese será ante la historia el drama íntimo de la generación nacida en la segunda mitad del siglo XIX ». Tal el panorama que se presentó y fué desarrollándose, paulatinamente, a la vista de los hombres de pensamiento, después de la guerra del 14.

Pero algo más grave se preparaba. El dedo de Dios señala a una nación estrechamente vinculada a nosotros por la sangre y el espíritu, como víctima propiciatoria. España, la hidalga, la eterna por la grandeza de su alma y la ortodoxia de su credo, sale airosa ; por eso fué elegida. Se agiganta su figura en el mundo que la había vilipendiado.

Pero como el planteo liberal rechazó la verdad y avergonzados de su anterior actitud, sus antagonistas de otrora no se animan a exteriorizar su actual sentir a la luz meridiana.

Sin embargo no pueden ocultar el dolor cuando cõtem-

plan los campos cubiertos por las cruces de los caídos y sus catedrales milenarias destrozadas. Una débil luz, a pesar de todo, les deja entrever que el signo colocado en la tumba de sus muertos es el que templó el alma de un pueblo espiritualmente fuerte y grande y por ello depositario de las esencias que nutren la verdadera Europa y en él está la única solución que despejará la terrible y angustiosa incógnita.

Es entonces cuando Obligado, el gran escritor y poeta, sin que su personalidad decline en un inferior planteo político, dentro de una lógica de católico militante, toma una posición definida al lado de otros hombres de su generación que llenan una etapa de la vida argentina iniciada en 1930.

Ese sentimiento coincide, más tarde, con un acto ostensible exteriorizado en la renuncia que presenta como miembro de la Sociedad Argentina de Escritores, el 8 de agosto de 1942, y la nota que pasa a su presidente en que le dice: «Hace algún tiempo, yo, reaccionario a carta cabal, me separé lógicamente de la Sociedad Argentina de Escritores cada vez más izquierdista»... La visita de Waldo Frank y su desplante, motiva severas críticas y su indignación contra quienes pretendían justificar la actitud que de plano rechaza el más modesto concepto de dignidad.

En aquel tiempo, aparte de otros centros, un conjunto de hombres jóvenes había formado una institución, de la que don Carlos era cabeza, foco de un movimiento espiritual que cobró vida al asumir una posición clara y perfectamente definida ante los palpitantes acontecimientos en que vivía la Nación. Y ahí le vemos compartir las inquietudes sin perder el porte académico y llevar, más adelante, el testimonio de su credo, en una obra magistral.

Ese corazón enorme que en 1920 había dado a luz *Poemas* y en 1923, confirmando su tendencia romántica, una traducción hermosa que daba forma castellana a los poemas de Vigny, Lamartine, Hugo y Musset, de acuerdo al movimiento espiritual de la época; el profundo crítico literario que en 1927 produjo ese precioso libro escrito en prosa galana, pleno de erudición, cuyos tomos posteriores esperábamos y que llamó sugestivamente *La Cueva del Fósil, Diálogos increíbles sobre la vida literaria argentina*; el traductor de los *Poemas* de Edgar Poe, que publica en 1932 y ya tiene tres ediciones, *Temas Poéticos* en 1936 y el *Poema del Castillo* en 1938; ese hombre que después habría de dar ejemplo de dignidad en una actuación pública ejemplar como la línea recta de su vida, produce un poema viril que marca ya una época en nuestra literatura clásica; son diez cantos a la patria que vivirán para siempre porque no se circunscriben a un planteo local, sino que con los ojos puestos en la Argentina abarca horizontes universales:

Puestos los ojos en la tierra amada,
En su pasado, intenso claroscuro,
En su presente inquieto, en la arriesgada
Maravilla que cabe en el futuro...

Será desde entonces, una declaración de principios y servirá como foco en la noche, para guiar a las juventudes de siempre. Me refiero al poema *Patria*, que escribe junto a la ribera del gran río, en el silencio de su castillo solariego, con la vista puesta en el pasado, que evoca el escenario histórico, reafirmación de un sentimiento nacional que trasunta, hoy, en una postura.

Sus diez magníficos cantos que son otros tantos poemas

épicos, constituyen una manifestación en que desborda su ideal de creyente, sus sentimientos patrióticos y el cariño a la madre España, desflorando episodios principales con entonación heroica.

Para confirmarlo véase este ejemplo del canto segundo :

Clame la Patria, frente al mundo acerbo :

— En fe cristiana y verbo castellano,
Tengo dos veces heredado el Verbo ;

Y no será, por mi ventura, en vano
Que así atesore certitud divina
E incomparable patrimonio humano !

— Y aun arraigas más amplio, oh mi Argentina :
Que en ti el alma ancestral no brilla sola,
Sino en radiante comunión latina.

Si esencia tuya floreció española,
La de Italia acogió, y es la de Francia
Mariposa gentil en tu corola.

Así a través del tiempo y la distancia,
Clara simiente al viento se desliza,
Y al fin renueva, allá, pompa y fragancia.

Y aun llegue el soplo que tu lumbre atiza,
Del Mar insomne que arrulló tu cuna :
Sólo el Mediterráneo civiliza.

No te ofusquen la gloria o la fortuna
De patrias que encumbró, merced a Roma,
El fosco Septentrión, una tras una .:

Vital cultura, espiritual aroma
Nos deben, si más alta su riqueza
En turbio siglo, como el nuestro, asoma.

Mas, fué de Roma cenital proeza,
Dar vida a la Nación predestinada
Que al continente grácil encabeza.

Oh excelsa Engendradora, así engendada !
¡ Mi España ascensional, mística y fuerte :
Señora de la Cruz y de la Espada !

¡ Cuánta aventura que debió perderte,
Y en que ante hispano arrojo temerario,
Desconcertada recejó la Muerte !

Pero, en quietud de celda o de santuario,
¡ Cuánta ocasión en que, al Amor vencido,
Rendíase el Misterio al Visionario !

¡ Y aquella lengua de ángeles, olvido
De todas las demás, en que cantaba
Sus raptos el vidente esclarecido !

¡ Y aquel descalabrar morisma brava,
Triunfante ya el titán, que al fin blandía
Por las columnas de Hércules su clava !

¡ Y aquella prez de doble Monarquía :
La áurea Isabel, la bíblica Varona
Que es voluntad, virtud, sabiduría !

Y al genio audaz, propicia la Corona ;
Y aviese, y emprenda, el Almirante,
La hazaña que los mundos eslabona.

Y el alto ensueño, y el bregar constante,
Y el indio hostil por selva y por montaña,
Y el Signo redentor mundo adelante.

Hielo es la altura, es fiebre la maraña ;
Todo lo vence la inmortal Conquista ; —
Y en España, entretanto, ¡ arriba España !

¿ Que un incremento terrenal se avista,
Que una grandeza espiritual fulgura ?...
¡ No se dirá que al español resista !

Pues si es la mano prepotente y dura,
Nunca más libre y señoril la mente
Ni la esparcida santidad más pura.

Y éxtasis vibre o decisión aliente,
Siempre un estoico impulso de alegría,
Y un recio buen sentido, omnipresente.

Así te sublimaste, España mía ;
Que tanto monta y resplandece tanto
El sol que en su heredad no se ponía.

Junto al guerrero se prodiga el santo,
Y abre a la cristiandad segunda aurora
El héroe juvenil desde Lepanto.

La lira con fray Luis, dulcisonora,
Es tuya ; y por Ignacio, la cristiana
Milicia, de los siglos vencedora ;

Y en Lope la facundia soberana,
Y la Vida en Cervantes, y en Teresa
La más grande mujer de arcilla humana...

Cuando en brumas del Norte, ya la empresa
De herética reforma, su misterio
Rasga, y en cruda rebelión progresa :

Aquel atlante que cargó hemisferio,
Tu Felipe el Prudente, a hierro y llama
Salva la Religión, salva el Imperio ;

Pues, católico y Rey, sabe y proclama
Que todo pueblo es turbia muchedumbre
Si la unitiva Fe no lo amalgama.

Y al cabo, Hispanidad es Certidumbre ;
 Duda esencial le asfixia el pensamiento,
 Águila de oro en la divina lumbre.

Y ortodoxa cruzó el Renacimiento,
 Con su Juan de la Cruz, y su Granada,
 Y su abeja platónica en el viento.

Y así, por dos centurias humillada,
 Hoy resurge también, urgente al mundo :
 Patria de redención y de Cruzada.

Y antes que declinara moribundo
 Su viejo sol, por suelo americano
 Señoreó tan vívido y fecundo,

Que aun os enciende con su ardor lejano
 El Astro fiel, — substancialmente el mismo
 Que en vuestra enseña resplandece ufano.

Porque al llamarte a vida tu heroísmo,
 Bien resumiste en él, oh mi Argentina,
 La libertad y el claro patriotismo.

Y pues que en siglo que propende a ruina,
 Ya eres grande nación « que al mundo asoma »,
 Cristiana siempre, hispánica y latina :

Por alta empresa irrenunciable, toma
 La de salvar en ti la Fe Sagrada,
 La raza ilustre y el vital Idioma ;

Puestos los ojos en la tierra amada,
 En tu pasado, intenso claroscuro,
 En tu presente inquieto, en la arriesgada
 Maravilla que cabe en lo futuro...

Empeñosa tarea sería demenzar en una necesaria síntesis,
 toda la gama y colorido del poema que ya tiene variadas edi-
 ciones y vosotros conocéis.

Cuando su autor lo dió a luz, desempeñaba la Presidencia del Club del Plata a que aludí, pléyade de hombres vinculados por una idea. En su mayoría eran pensadores, escritores o artistas con destacada actuación en el mundo intelectual y universitario. Allí le conocí, y desde entonces nuestra vinculación fué estrechándose porque sus preclaras condiciones de caballero permitían brindarle una amistad sin retaceo. Amenizaba nuestros ágapes su palabra flúida y el pensamiento sereno al que daba marco luminoso la virtud que flotaba de toda su persona y le transformó en el jefe nato de la institución que fundáramos.

Hombre de consejo, guía eficaz para el artista novel, no mezquinó las obligaciones que impone la amistad con fútiles pretextos y desde su cargo de presidente de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares prestó la ayuda que podía a quien la mereció.

El exiguo presupuesto de la repartición era el único freno a sus preferencias siempre inspiradas en el más sano patriotismo.

Pocas veces faltaba a nuestras habituales reuniones que amenizaba al primer requerimiento recitando poesías suyas y ajenas, para lo que se prestaba su decir galano, el dominio perfecto de la lengua y una memoria privilegiada que le permitía recordar al instante, cualquiera de sus obras en verso, por largas que fuesen. Las anécdotas y relatos de viajes y el conocimiento personal de hombres eminentes de nuestro mundo intelectual, hacían que su conversación fuese placentera y educadora. Sabía escuchar y sus opiniones estaban, casi siempre, inspiradas en un análisis escrupuloso de los hechos. Su versación literaria corría pareja a la de sus

conocimientos electrotécnicos, como si buscara en el flúido la justificación de su divorcio con la materia.

Era evidente que un hombre de sus condiciones, que había gritado presente a la vocación de la hora, no podía estar físicamente ausente de los grandes problemas, sumido en la meditación y la soledad de su biblioteca.

Con toda la sinceridad y el empeño de su alma noble, acudió al primer llamado y colaboró — como entendió que debía hacerlo — con las autoridades nacionales, después de la Revolución del 4 de junio, en el cargo más importante de nuestra vida intelectual. Le designaron interventor nacional de la Universidad de Buenos Aires, para lo que exigió la garantía y permanencia de rector.

Al asumir tan alta función, el amplio salón destinado al Consejo Superior Universitario era pequeño para contener a sus amigos. El 19 de mayo de 1944, después de las palabras protocolares, con voz vibrante, llena de emoción, escuchamos su planteo general. Anunció que no se trataba de una intervención puramente administrativa o de apacible progreso didáctico dentro de la orientación secular, para lo que hubiera sido bastante con restablecer las actividades reglamentarias de la institución. «Trátase — dijo — de encarar y nada menos, una transformación de nuestra Universidad, en sus métodos y resultado y por lo tanto en su estructura, que la torne fiel o menos infiel, a la tradición espiritual de nuestra estirpe y aun a la letra fundamental de su propio estatuto». Y agregó: «Dice éste, en efecto, en la primera página de sus *Bases*: «La Universidad de Buenos Aires, se funda en el concepto de la unidad orgánica de la cultura... y su enseñanza responde a un ideal de educación am-

plamente humanista ». No gozará pues de cultura con unidad orgánica, no será, no, aun reglamentariamente, un verdadero doctor de esta casa, quien absolutamente nada sepa de humanidades, como la mayor parte de nuestros diplomados; quien ignore, verbigracia, si se encaminó a la ciencia positiva, quiénes fueron en verdad Aristóteles, Santo Tomás, Dante o Cervantes, como lo ignoran tantísimos graduados nuestros, quien no logra a su vez, si a la filosofía o literatura se inclinó por mediana suerte, dar razón aproximada de por qué irradia luz el filamento de su lámpara, o por qué es prolongado el trueno, si es instantáneo el rayo, como acaso no lo podrán dar con certeza muchos colegas excelentes.

En suma, no será doctor cabal quien no respete aquel conquistado ambiente de ideas y conocimientos generales que es irremplazable para formar una mentalidad luminosa, por encima, en contorno de la forzosa especialización técnica en que « *reconcentrándose para irradiar* » ha de ejercer su vocación imperativa para bien propio y de sus semejantes ». Y más adelante: « Habría pues que infundir un poco de humanidades a los demasiado técnicos, y aun de paso y callandito, empujar un poco hacia la realidad tangible a los demasiado soñadores. Me anima, es cierto, el superior apoyo del Poder Ejecutivo Nacional, que entiende dar a la intervención, según lo aclaró expresamente, la estabilidad y firmeza de un rectorado... ».

Era mucho desear; así lo demostraron los hechos. No en balde Obligado dijo — y la razón la dieron los acontecimientos — dirigiéndose al Ministro: « El solo título, porque es el único suficiente que aparte de una obvia consideración moral que habréis hallado en mí para tan noble cargo, es el título de poeta, no tanto por la obra como por

la añeja vocación. *Y los poetas tenemos tal fama, allá en el ancho mundo, de gente inadaptada y quimérica...* ».

Y así, en medio de los aplausos emprendió la tarea de llevar a la Universidad un criterio humanista y católico de raigambre hispánica que la tornara fiel al genio de nuestra estirpe y por lo tanto, fecunda. Pretendía formar un argentino cabal y que el diploma de « doctor » fuere realmente un auténtico título universitario.

Desde mediados de junio del año 1944 estaba abocado al estudio del problema, funcionando, paralelamente, comisiones para la reforma de los planes de enseñanza, iniciándolos por las de la Facultad de Filosofía y Letras. Comenzarían a regir desde marzo de 1945, y servirían de experiencia para tantear el medio cultural del estudiantado.

Pensaba, con tino, que el tipo de hombre que se lanza a la calle era un problema del cual la universidad no podía desligarse, para lo que no bastaba el plan de humanidades, sino que era necesario empezar la formación desde la escuela secundaria. En tal sentido nombró al padre Sepich en el Colegio Universitario San Carlos, recuperando el nombre histórico que tuvo desde la apertura de sus aulas el 10 de febrero del año 1772. Funcionaba entonces en el antiguo edificio de los jesuitas. Allí había nacido la noción cultural de la hispanidad, que no era, precisamente, una realidad española sino una realización sustancialmente americana; era la creación en América y por nuestra América, de los ideales que nos legó España.

El Colegio Universitario San Carlos tendría como misión realizar el tipo de Colegio-Universidad que diese el alumno que aquélla necesitaba. Allí surgirían las condiciones de ingreso a cada facultad.

El 13 de junio del año 1944, con la asistencia del señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Obligado abrió el acto recordando que « el Colegio San Carlos fué semillero vivaz de los hombres de la independencia, que así supieron ser dignos de su momento histórico. Pues sepamos que esta hora en que nos toca vivir no se ostenta menos decisiva ni menos riesgosa que aquélla de 1810 », y entregó el rectorado al doctor Sepich con estas palabras: « Quedáis, señor rector, en posesión del cargo para servicio de Dios y de nuestra Argentina ».

Ninguno de estos ideales pudo realizar. Una mañana del mes de agosto recibió la noticia de que un distinguido general de la Nación debía suplantarlo en su puesto de Interventor. Por la tarde la Universidad fué ocupada por fuerzas policiales. El doctor Obligado se despidió del personal, y a sus amigos, entre los que me encontraba, se nos impidió el acceso. En la esquina de San Martín y Viamonte nos limitamos a comentar los acontecimientos. Todo el esfuerzo había sido vano.

Sin embargo, Obligado continuó breves días más al frente de la Universidad, porque quien le iba a sustituir renunció. Quiso en última instancia, como lo aconsejaban las circunstancias, salvar el prestigio de sus colaboradores a quienes sin razón se había pedido el retiro. En vano explicó al Ministro que sus tareas tenían pleno éxito en un gobierno firme y fecundo; que era contrario al interés de la Universidad cambiar continuamente de mano y el señor Presidente de la Nación aprobaba su actitud. Todo fué inútil. Tuvo que retirarse llevando consigo el desengaño del maestro y del patriota. Era el 31 de agosto de 1944.

Un problema tan urgente, como el de la promoción de nuevas generaciones argentinas para educarlas en nuestras tradiciones y con un alto nivel de cultura, fué contemplado y no pudo realizarse. Un interrogante se abrió : ¿que será de esos jóvenes, cuando entren en la vida pública jóvenes con tan escasa formación moral e intelectual y sin otro afán que el de enriquecerse ?

Como testimonio de estos conceptos quedarán, para siempre, los limpios versos del poema *Patria* en los que Obligado, sintetizando su ideal de argentino y de poeta, expresó :

Sí : para empresas grandes hay aliento,
Si aun resta, libre, pero a Dios sumiso,
Sumiso a la Nación, el pensamiento ;

Si aquí frondecen como Dios los quiso,
Arte y ciencia a la vez ; la fantasía,
Rica y gloriosa ; el razonar, preciso.

No a todos, en verdad, la excelsa vía :
Que si a muchos tolera, a pocos llama,
Cátedra, toga, acorde o poesía.

Tan solo aquél la emprenda, a quien inflama
Numen intenso y fiel, que es dios tirano,
No sed de lucro o volandera fama ;

Y es, además de estólido, inhumano
Que en falso intelectual se desmejore
Quien pudo ser magnífico artesano.

No aspire a semiculto ; antes ignore.
Hay quien nació esencial analfabeto,
Y lo será, aunque apruebe y se doctore,...

Y analfabetos hay, de mi respeto ;
Pues saben, en su ley, más que en mi vida
Sabré, junto a mis libros recoleto.

Ni prolifere un aula infanticida
Monstruos de pobladísima memoria.
Si entendimiento y voluntad descuida.

¡ Aun sufras mi rencor, árida Historia,
Química abstrusa, Evolución ya rancia :
De datos insalubre pepitoria !

Que así « la Ciencia » liberal se escancia,
Mi credencial de bachiller no miente :
Padrón de enciclopédica ignorancia.

Mas provecho, después, brindó a la mente
Mi Facultad de Letras, afectuosa,
Si bien, determinista intransigente.

De las otras, no sé. Tal vez rebosa
Cada cual, de una prole estudiantina
Con vocación profunda y generosa...

Mas, mero buen sentido lo adoctrina :
Diplomas a granel, parias en puerta
Con escuelas sin Dios, no habrá Argentina.

Se ha dicho, sin mucho sentido de la realidad y desde el punto de vista de la moral del éxito, que los hombres que acompañaron a Obligado fracasaron y están ausentes en los problemas de la hora. En honor a la verdad no ocurrió ni una cosa ni otra.

Sólo importó entonces la obra y la acción como frutos del ser. El éxito o el fracaso no están determinados por la virtud, sino que en sus efectos tercia la fortuna. Es liviano criterio juzgar el bien por el resultado. Recuerdo al respecto el dicho de don Quijote amonestando a Sancho : « Bien se parece, Sancho, que eres villano, y de aquellos que dicen : ¡ Viva quien vence ! ».

Cuando el andar del tiempo dé relieve a las figuras se verá que esas marcas al parecer de hormiga fueron, en realidad, huellas de gigante.

Las acciones inspiradas en la moral del esfuerzo, no son estériles.

Del paso por la Universidad de Carlos Obligado quedó una semilla fecunda, un pequeño grupo de profesores talentosos, muy pocos, es cierto, pero suficientes para mantener vivo su recuerdo y la bandera.

A pesar de mi forzoso alejamiento del ambiente, podría mencionar muchos ejemplos que confirman lo expuesto. Pero si no existiese otro, la relevante actuación, en el Congreso de Filosofía de Mendoza, de un distinguido profesor de la Universidad de Córdoba, que frecuentó la mesa amiga del Club del Plata, bastaría. Con todo el vigor de su talento y dentro de una ortodoxia invulnerable, demostró el error dogmático en que se mueve la filosofía moderna dentro del planteo en que se había colocado su oponente. He mencionado a Nimio de Anquín.

Y aunque la filosofía no es mi especialidad, por lo que no quiero emitir juicios acerca de los resultados del referido congreso, es indudable que sólo su realización demuestra que el plano cultural argentino admite la posibilidad de un debate sobre temas fundamentales y que pueden ahora sostenerse con vigor, doctrinas que antes se consideraban superadas y de las que ni siquiera valía la pena ocuparse, fuera de la referencia histórica. Ese renacimiento del tomismo en la Universidad Argentina, se debe en gran parte, a la acción de Carlos Obligado.

En medio del desencanto producido y apenado, no tanto por la pérdida de una investidura, sino por el fracaso de una actuación en que puso sus energías e ideales, un hecho irreparable conmueve la felicidad de su hogar. Su queridísima esposa doña Lucía Nazar Anchorena, muere. Afronta el dolor con entereza de hidalgo y fe de cristiano.

Su lira de poeta se conmueve y le arranca cuarenta preciosos sonetos que publica después, en un libro que denomina *Ausencia* y vivirán eternamente. La explicación de su deseo está expresada con delicadeza, en el soneto que comienza :

Yo que rendido a majestuoso encanto,
Rimé de patria y de heredad gloriosa,
Sobre el frontal de un ara silenciosa
Quisiera sólo perpetuar mi canto.

Rima templada en varonil quebranto
Honre el florido encanto de la Esposa,
La clogie buena y la celebre hermosa,
Pues fué tan bella y pues me quiso tanto.

Gloria fugaz que el Arte transfigura,
Brille en su firmamento de hermosura,
Lucero impar, no fugitiva estrella.

Y ésta que le ofrecí, rosa votiva,
A mi recuerdo intacta sobreviva
Por digna de ella y de mi amor por ella.

Las composiciones trasuntan la actitud serena del hidalgo que sólo ve en la muerte el final de la vida con la convicción de que no puede agotar todo el ser, prolongándose en un sentimiento que es fe y esperanza de un más allá, afirmando en sus profundas convicciones de católico.

Cada soneto es la expresión de un estado de ánimo distinto y están unidos por un símbolo creador de ideas, identificados con situaciones singulares en las que palpita un sentimiento superior.

Ese nidal de conceptos profundos, lo aprovecha para destacar cómo el consuelo del dolor humano debe buscarse en el sentido de la Cruz. Pero aparecerá de improviso el poeta caballero que calificará de maliciosa bondad el presuroso viaje de su esposa, para esperarlo, reclamando para sí el laurel del justo que iguale sus destinos.

Ya lo dijo alguna vez: « El amor y la muerte son hermanos » y nada hay tanto que persiga al amor como la ausencia... La inspiración contraria es antipoética porque clava los ojos del espíritu en el más acá.

Eludiendo la levadura emocional se encierra en una mística que le sirve para amalgamar figuras poéticas que no rehuyen el planteo metafísico encuadrándolo, virilmente, dentro de una postura sin languideces, íntimamente lírica, sin embargo.

Son composiciones de factura perfecta que no desdican los modelos clásicos. Cantos al eterno amor, que nació al lado de la esposa y perdura a través de la muerte.

Con palabras sonoras, característica de sus poesías, como lo demostró en *Patria*, pasa imágenes ante el lector ávido de belleza y por cierto que las encontrará de veras, en esa visión católica de eterna felicidad para el justo y en aquella, para demostrar que la muerte no avaloró la vida de la ausente, perfecta en el cultivo de la belleza y el cariño.

Sumido en natural nostalgia, pide a Dios conformidad en este soneto :

No protesto. Señor ; creyente inmolo
 Mi ignorancia a total Sabiduría ;
 Pero al crear el hombre, el sexto Día
 Dijiste ya : « No es bueno que esté solo »

Y la caída inexcusable hallólo
 Dueño, al menos, de dulce compañía...
 ¡ Ah, conforta benigno esta alma mía,
 Si en fervor de añoranzas, la acrisolo !

Sepa, humano también, también caído,
 Que al sumiso dolor y amor herido
 Entreabriste ya el cielo, en el Calvario.

Y que así el alma que tu Ley gobierna,
 Halla conjunta gloria, unión eterna,
 Al fondo de ese Abismo solitario !

Pero su musa reacciona y recordando el pasado evoca, en una poesía juvenil, la felicidad que albergó el alma caudalosa y pura de su mujer. Y dice :

Sé de una estrella que con rayo pío,
 Tan dulcemente la pupila toca,
 Que enviar parece a quien su lumbre invoca,
 Un mensaje de amor, desde el vacío.

Sé de una fuente que en bosque umbrío,
 Fluyendo en álveo de pulida roca,
 Templó el ardor de la sedienta boca
 Con beso largo, delicioso y frío.

Mas sé de un alma caudalosa y pura,
 Más que la fuente azul de la espesura,
 Más que la estrella virginal del cielo ;

Pues desde el punto en que su luz fué mía,
 No sufro ya, por la terrena vía,
 Ni humana sed, ni espiritual anhelo ...

De todos los versos trasunta la seguridad de saberse escuchado aunque la respuesta espere algún tiempo. No en balde « Juntos gozaron la senda recorrida » :

¡ Juntos, envejecer ! Visión que abrumba
Bajo el temprano sol de su partida...
— ¡ Juntos, gozar la senda recorrida
Y ahondar de luz la venidera bruma !

Ni exhausta frente, refugiar presuma
Contra la noble frente encanecida,
Para que, al cabo, embates de la vida
Sepan morir en suavidad de espuma.

Ah, no vacilen corazón y mente...
Amparo suyo y soledad presente,
Amor transpuesto a primordial destino,

Dolor que a vida superior nos crea :
Todo, en la Mente y Corazón divino,
Todo es misericordia. ¡ Que así sea !

He dicho que su dolor está envuelto en la noble conformidad del creyente, muy distinta, por cierto, de la plañidera desesperación plebeya, porque como caballero cristiano no teme a la muerte y desde el fondo del alma le parece una idolatría la adoración de la vida. Así lo expresará con delicadas imágenes en el soneto que comienza :

Honre el propio dolor, y su nobleza
No desmedre en usual melancolía.
Otros llevan su cruz, lleve la mía :
¿ Dónde, ahí, la excepción, ni la proeza ?

Hónrelo, si lo canto, en la entereza
De áurea forma ; y la ruin sensiblería
No amonedé su falsa poesía
En el puro metal de mi tristeza.

Si poeta y cristiano, por cristiano
Y poeta, en lo humano y sobrehumano
De ese don y esa fe, labre profundo.

Para irradiar, recátese mi duelo.
Tal como la plegaria, hija del cielo.
Como la inspiración, clave del mundo.

Eso explica por qué compenetrado de su misión en la vida, con ejemplar sentido de su responsabilidad, continúa desempeñando todas las actividades que le impone su condición de maestro, amigo y funcionario.

La « Vuelta de Obligado » donde dos años antes produjo *Patria*, será sólo un refugio silencioso.

Allí esconderá su dolor, que afrontará con la misma entereza que desafió los embates de la vida.

La grandeza panorámica de la solariega heredad donde compartió con ella días venturosos, constituye así el marco natural para su imaginación de poeta.

Vuelve de su retiro y sus amigos le encuentran en los mismos escenarios. El rostro había adquirido cierta palidez que destacaba más su ropa negra. Su carácter y energía intactas, como las mantuvo hasta morir.

Continuó desempeñando su cátedra de Introducción a la Literatura en la Facultad de Filosofía, que comparte con las tareas que le impone su cargo en la Academia Argentina de Letras a la que pertenece desde el año 1932, y Académico Secretario desde el año 1936. Es también Vocal de la Comisión de Bibliotecas Populares y desempeña su Presidencia y otros puestos que sería minucioso enumerar.

Lo dicho basta para demostrar que su carácter no había sufrido mella. Su posición : la de siempre, irreductible, sin

admitir transigencias en menoscabo de su dignidad. Como demostración de lo expuesto me permitiré referir esta anécdota que dibuja de cuerpo entero su fisonomía de hidalgo.

El 16 de junio del año 1945, el entonces interventor de la Universidad exigió a todos los profesores un juramento de fidelidad a la Constitución, entregando a ese efecto un formulario de inusitada extensión y un contenido que parecía inspirado en un taller del gran Oriente. Obligado, sin inmutarse cumplió la exigencia, pero estampó: « Buenos Aires, 16 de julio de 1945. Acatando la Constitución vigente, y con las reservas derivadas de mi condición de católico, suscribo lo que creo entender de este texto pueril, carente de dignidad universitaria y aun de sintaxis ». He aquí el hombre.

Pero sus desazones no habrían de terminar. El 14 de julio de 1946 el Poder Ejecutivo Nacional da por terminadas sus funciones de Presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Pertenecía a ella desde el 10 de agosto del año 1927. Había sustituido en 1944 a don Juan Pablo Echagüe, que se retiró para gozar de su jubilación.

En el acta labrada por el escribano de gobierno, Obligado formaliza su protesta y en circunstanciada nota dirigida al entonces Ministro de Justicia e Instrucción Pública levanta, uno a uno, todos los cargos que le formulaba el decreto de intervención. « Se documentaba así, la injusticia y la arbitrariedad que invalidaba la intervención ante todo juicio recto de la autoridad y toda conciencia honrada »... son sus palabras.

Al insigne escritor, al hombre que vivió todas las inquietudes de una época, al arquitecto de la nueva Argentina, se le atribuía, en la dirección de la biblioteca, nada menos que

« no haber cumplido su alta misión de bien público con la intensidad y acierto necesario, lo que debía atribuirse a la ausencia de directivas orgánicas adecuadas como así a la estructura deficiente de sus servicios administrativos, que no han permitido la evolución acorde con las técnicas modernas... ».

Seguía una serie de afirmaciones, sin prueba, que lo presentaban ante la opinión pública como ignorando tópicos que fueron tomados de sus propios textos oficiales elevados al Ministerio, con lo que la arbitrariedad rayaba en lo inconcebible.

Olvidaban que durante diez y nueve años había pertenecido a la Comisión Protectora, de los que diez y seis había trabajado « ad-honorem »...

Toda la intriga forjada se deshizo y la verdad salió a la luz. El actual Presidente de la Nación le devolvió su cargo el 6 de agosto del mismo año. Con toda justicia se reparaba el agravio.

Había permanecido separado de la Presidencia durante cinco meses, que fueron otros tantos de tortura, porque estaba de por medio su prestigio. Sus investigadores no hallaron deficiencia alguna que señalar.

El año 1947 un grupo de amigos le despedíamos. La Real Academia Española le había invitado especialmente y emprendía viaje a la madre patria, donde dejó imborrables recuerdos. Personalmente pude comprobar el afecto que se le profesaba. Don Julio Casares, prestigioso secretario perpetuo, sólo tenía palabras elogiosas para su persona.

Durante las dos visitas que hice a la Real Academia las referencias fueron cariñosas en extremo, tan grande fué la

huella que dejó su paso por Madrid. La Academia le discernió el honroso cargo de miembro correspondiente, como lo había sido su padre don Rafael.

A su vuelta a Buenos Aires la Asociación de Escritores Argentinos le contó entre sus miembros más conspicuos. Esta creación, debida al esfuerzo tesorero de Arturo Cancela, mereció desde el comienzo todo el entusiasmo que Obligado sabía poner en sus tareas. Desde entonces frecuentó asiduamente el local de la calle Corrientes, dismantelado pero lleno de febril entusiasmo por las cosas de la patria. Fué el animador constante de las primeras audiciones radiotelefónicas, y su palabra brillante dió vida al lema de la institución que él mismo grabó en un disco. Eran los cuatro versos del poema lírico de su padre don Rafael :

Los que tengan corazón,
Los que el alma libre tengan
Los valientes, esos vengan,
A escuchar esta canción :

Hasta aquí el lema, pero la décima continuaba :

Nuestro dueño es la nación
Que en el mar vence a la ola
Que en los montes reina sola,
Que en los campos nos domina,
Y que en la tierra argentina
Clavó la enseña española.

Su hijo Carlos, valorando la obra de la conquista y el espíritu de España, dirá en *Patria* :

Por ley vital, se enfrentarán ahora ;
y en púrpura o azul, son doble España ;
La España de un poniente y de una aurora.

En 1942, cuando presentó su renuncia a la S. A. D. E. prácticamente se fundó la nueva institución que agruparía a quienes rindiendo culto a la verdad y la belleza no podían permanecer impassibles en horas decisivas para el porvenir de la nación.

Obligado, que empezó su poema *Patria* con estos versos :

Numen propicio os encamine a puerto,
Blanco y azul la enseña de la nave.

También dijo :

Mas ved que el campo es de aluvión, e inmenso,
Y el cardo amaga entre la mies fecunda ;
Y en este mundo, a la abyección propenso,
Oro socava lo que acero funda.

Y los fines de la agrupación habían de colocarse en un ideal elevado, propio de una posición de incommovible permanencia; el art. 2º de sus estatutos dice : « La A.D.E.A. afirmará y defenderá los valores permanentes de nuestra tradición católica y nacional, como fundamento para la formación de una cultura argentina ». Eso, que cantó el poeta e inspiró su vida, es lo que le daría sentido.

Dinámico y múltiple como sus imágenes poéticas, no pudo permanecer estático cuando el pueblo reclamaba a gritos la recuperación de las islas Malvinas, y en un himno que suena a marcha triunfal próxima, entregaría versos que ya son populares y se cantan en todos los colegios. Por ese entonces constituyeron el broche de nuestras audiciones.

Lo demás es historia reciente. La propia gravitación que ejercía le llevó al cargo de secretario general en la primera elección. En sus manos equivalía a una Presidencia, que

prácticamente era lo que desempeñaba en las reuniones de comisión a las que nunca faltó, incitándonos al trabajo con su ejemplo, como señaló senderos y resolvía con cabal sentido, los problemas que se presentaban.

Siempre encontramos en él al hombre del consejo sano y la palabra justa.

El eterno batallador incansable, a pesar de todo, se nos iba. Le notábamos más delgado y su palidez se acentuaba como si buscara en vida el matiz para el gran viaje hacia la unión eterna. La ausente le llamaba, respondiendo a esos cuarenta modelos de factura exquisita que escondían su contenido sollozo.

En una de las últimas reuniones, a mediados de enero, entregó algunos ejemplares de la colección « Austral », que reunían en un tomo sus dos libros *Patria* y *Ausencia*, en los que vibraba la totalidad de su espíritu. Flores de amor y de poesía nacidos de una idéntica inspiración.

Pocos días después, una mañana de febrero, le sorprendió la muerte, diría mejor : escuchó la voz que desde arriba le llamaba y acudió presuroso, sin agonía, con los primeros reflejos del alba... Él había dicho antes :

Hoy, quien surgió a lo eterno, la primera,
Transfigurada y esencial me espera...

ANTONIO MONTARCÉ LASTRA.